

## LIBRO DÉCIMO.

---

Entre todos los motivos que me obligan á creer, que el plan de nuestro Estado es tan perfecto cuanto es posible, nuestro reglamento sobre la poesia no es el que ménos me llama la atencion.

—¿Qué reglamento?

—El que prohíbe admitir aquella parte de la poesia, que es puramente imitativa. Ahora que hemos fijado con toda claridad la distincion que existe entre las partes del alma, este reglamento me parece más que nunca de una incontestable necesidad.

—¿Cómo?

—Puedo decíroslo con confianza, porque no temo que vayais á denunciarme á los poetas trágicos y á los demás poetas imitadores. Nada es más capaz de corromper el espíritu de los que lo escuchan que este género de poesia, cuando aquellos no están provistos del antídoto conveniente, que consiste en saber apreciar este género tal cual es.

—¿Qué es lo que te obliga á hablar de esa manera?

—Voy á decírtelo, si bien mi lengua se ve contenida por cierta delicadeza y cierto respeto que desde mi juventud he tenido á Homero, porque éste es el maestro y el jefe de todos estos bellos poetas trágicos; pero como los miramientos debidos á un hombre son siempre menores que los que deben tenerse á la verdad, es preciso que yo hable.

—Muy bien.

—Escucha, pues; ó más bien, respóndeme.

—Interroga.

—¿Puedes decirme lo que es la imitacion en general? Por mi parte, te confieso que tengo dificultad en comprender su naturaleza.

—¿Y crees que pueda yo comprenderla mejor que tú?

—No tendria nada de extraño. Muchas veces los de vista débil perciben los objetos ántes que los que la tienen muy penetrante.

—Quizá sea así. Pero jamás me atreveré á decir en tu presencia mi opinion sobre ninguna materia. Habla tú, te lo suplico.

—¿Quieres que procedamos en nuestra indagacion segun nuestro método ordinario? Tenemos costumbre de abrazar bajo una idea general esta multitud de séres, cada uno de los cuales tiene una existencia diferente, pero que se comprenden todos bajo un mismo nombre. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—Tomemos de esta clase de séres la que tú quieras. Por ejemplo, hay una multitud de camas y de mesas.

—Sin duda.

—Pero estas dos especies de muebles están comprendidas, la una, bajo la idea de cama y, la otra, bajo la idea de mesa.

—Sí.

—Tambien tenemos costumbre de decir, que el obrero que fabrica una ú otra de estas dos clases de muebles, no hace la cama ó la mesa de que nos servimos, sino conformándose á la idea que de ellas tiene, porque no es la idea misma la que el obrero fabrica; esto es imposible.

—No, seguramente.

—Mira ahora qué nombre conviene dar al obrero que te voy á decir.

—¿A qué obrero?

—Al que hace él sólo todo lo que los demás obreros hacen separadamente.

—En verdad que hablas de un hombre muy hábil y muy extraordinario.

—Aguarda, que aún te ha de causar mayor admiración. Este mismo obrero, no sólo tiene el talento de hacer todas las obras de arte, sino que hace también las obras de la naturaleza, las plantas, los animales, todas las demás cosas, y, en fin, hasta se hace á sí mismo. Y no pára aquí, porque hace la tierra, el cielo, los dioses, todo lo que hay en el cielo y, bajo de la tierra, en los infiernos.

—Hé ahí un artista verdaderamente admirable.

—Figúraseme que dudas de lo que yo digo; pero respóndeme: ¿crees que no existe absolutamente un obrero semejante, ó crees sólo, que todo esto puede hacerse en cierto sentido, y que en otro sentido no pueda hacerse? ¿No ves que tú mismo podrias hacer todas estas cosas de cierta manera?

—Dime de qué manera, si te place.

—No es cosa difícil; se ejecuta frecuentemente y en muy poco tiempo. ¿Quieres hacer la prueba en el acto? Coge un espejo, dirígelo á todas partes, y en el momento harás el sol y todos los astros del cielo, la tierra, á tí mismo, los demás animales, las plantas, las obras de arte y todo lo que ántes mencionamos.

—Sí, haré todo lo que dices en apariencia; pero nada de eso existirá, ni tendrá realidad.

—Muy bien. Comprendes perfectamente mi pensamiento. El pintor es un operario de esta especie. ¿No es así?

—Sin duda.

—Me dirás quizá, que no tiene realidad nada de lo que hace; sin embargo, el pintor hace también una cama en cierta manera.

—Sí, pero es una cama aparente.

—¿Y el carpintero qué hace? ¿No acabas de decir, que no hace la idea misma, que llamamos esencia de la cama, sino una tal cama en particular?

—Lo he dicho y es la verdad.

—Luego si no hace la esencia misma de la cama, no hace nada real, sino tan sólo una cierta cosa, que representa lo que real y verdaderamente existe. Y si alguno sostuviese, que el artefacto del carpintero ó de cualquiera otro obrero tiene una existencia real, muy probablemente se engañaría.

—Por lo ménos esa es la opinion de los versados en estas materias.

—Por lo mismo, no debemos extrañar que estas obras, comparadas con la verdad, valgan bien poco.

—No debemos extrañarlo.

—Conforme á lo que acabamos de decir, ¿quieres que examinemos qué idea debe formarse del imitador de esta clase de obras?

—Convengo en ello, si lo crees oportuno.

—Hay tres clases de camas; una, que está en la naturaleza y cuyo autor podemos, á mi parecer, decir que es Dios. ¿A qué otro puede tampoco atribuirse?

—A ningun otro.

—La segunda es la que hace el carpintero.

—Sí.

—Y la tercera, la que es obra del pintor; ¿no es así?

—En buen hora.

—Por lo tanto, el pintor, el carpintero y Dios son los tres artistas que dirigen la elaboracion de cada una de estas tres camas.

—Sin duda.

—Respecto de Dios, ya lo haya querido ó ya haya sido una necesidad para él el hacer una sola cama esencial, el resultado es que no ha hecho más que una, que es la

cama propiamente dicha. Jamás ha producido ni dos ni muchas, ni nunca las producirá.

—¿Por qué razón?

—Porque si hiciese solamente dos, aparecería una tercera cuya idea sería comun á las otras dos, y aquella sería la verdadera cama y no las otras dos.

—Es cierto.

—Sabiendo Dios esto, y queriendo ser verdaderamente autor, no de tal cama en particular, lo cual le habria confundido con el fabricante de camas, sino de la cama verdaderamente existente, ha producido la cama, que es una por naturaleza.

—Así ha debido suceder.

—¿Daremos á Dios el título de productor de la cama ú otro semejante? ¿Qué crees tú?

—Ese título le pertenece, tanto más cuánto que ha hecho por sí mismo la esencia de la cama y la de todas las demás cosas.

—Y al carpintero, ¿cómo le llamaremos? El obrador de la cama, sin duda.

—Sí.

—Respecto del pintor ¿diremos que es el obrador ó el productor?

—De ninguna manera.

—¿Pues qué es con relacion á la cama?

—El único nombre, que razonablemente se le puede dar, es el de imitador de la cosa, respecto de la que los otros son operarios.

—Muy bien. ¿Llamas, por lo tanto, imitador al autor de una obra que se aleja de la naturaleza tres grados?

—Justamente.

—En la misma forma el autor de tragedias, en calidad de imitador, está alejado tres grados del rey (1) y de la

(1) Es decir, del rey filósofo de Platon, que contempla la verdad en sí misma.

verdad. Lo mismo sucede con todos los demás imitadores.

— Así parece.

— Puesto que estamos de acuerdo acerca de la idea que debe formarse del imitador, responde, te lo suplico, á la pregunta siguiente: ¿el pintor se propone como objeto de imitacion lo que en la naturaleza es la esencia de cada cosa, ó lo que sale de las manos del operario?

— Lo que sale de las manos del operario.

— ¿Tal como es ó tal como parece? Explicame este punto.

— ¿Qué quieres decir?

— Lo siguiente: una cama ¿no es siempre la misma cama, ya se la mire directamente, ya de perfil? Pero aunque sea la misma en sí, ¿no parece diferente? Otro tanto digo de las demás cosas.

— Sí, la apariencia puede ser diferente, aunque el objeto sea el mismo.

— Fíjate ahora en lo que voy á decir. ¿Qué es lo que se propone la pintura? ¿Es representar lo que es, tal como es, ó lo que parece, tal como parece? La pintura ¿es la imitacion de la apariencia ó de la realidad?

— De la apariencia.

— El arte de imitar está, por consiguiente, muy distante de lo verdadero, y si ejecuta tantas cosas, es porque no toma sino una pequeña parte de cada una; y áun esta pequeña parte no es más que un fantasma. El pintor, por ejemplo, nos representará un zapatero, un carpintero ó cualquiera otro artesano, sin conocer nada estos oficios. A pesar de esto, si es un excelente pintor, alucinará á los niños y al vulgo ignorante, mostrándoles de léjos el carpintero que haya pintado, de suerte que tomarán la imitacion por la verdad.

— Seguramente.

— Y así, mi querido amigo, cuando alguno venga á de-

cirnos, que ha encontrado un hombre, que sabe todos los oficios y que reúne él solo en grado eminente todos los conocimientos repartidos entre los demás hombres, es preciso responderle, que se equivoca; que se ha dejado engañar por un mágico, por un imitador á quien ha creído un hombre hábil, por no poder distinguir la verdadera ciencia de la ignorancia, que sabe imitar á aquella.

—Es muy cierto.

—Nos falta ahora examinar la tragedia y á Homero que es su padre. Como oímos decir todos los días á ciertas gentes, que los poetas trágicos están muy versados en todas las artes, en todas las ciencias humanas que tienen por objeto el vicio y la virtud, y lo mismo en todo lo concerniente á los dioses; que es indispensable á un buen poeta conocer perfectamente los asuntos que trata, si quiere hacerlo con buen éxito, y que, de no ser así, es imposible que triunfe; debemos nosotros averiguar, si los que hablan de esta manera se han dejado engañar por esta clase de imitadores; si su error procede de que, al ver las producciones de estos poetas, han olvidado la observación de que están tres grados distantes de la realidad, y que, sin conocer la verdad, es fácil acertar con esta clase de obras, que en último término no son más que fantasmas, que no tienen ninguna realidad; ó en otro caso, averiguar si hay algo de verdad en lo que estas personas dicen, y si efectivamente los buenos poetas entienden las materias, sobre que el comun de los hombres estima que han escrito bien.

—Es lo que debemos examinar cuidadosamente.

—¿Crees que si alguno fuese igualmente capaz de hacer la representación de una cosa y la cosa misma representada, preferiría consagrar su talento y su vida á no hacer más que vanas imágenes, como si no pudiera emplear el tiempo en otra cosa mejor?

—No lo creo.

—Porque si estuviera realmente versado en el conocimiento de lo que imita, creo que querría más dedicarse á producir por sí, que no imitar lo que hacen los otros; que haría un esfuerzo en distinguirse, dejando para la posteridad, como otros tantos monumentos, numerosos trabajos y preciosas obras; en una palabra, que preferiría merecer elogios á los demás á tener que tributarlos él á éstos.

—Lo creo así, porque esto le produciría más gloria y mayor ventaja.

—No exijamos, pues, de Homero ni de los demás poetas que nos den razon de las mil cosas de que nos han hablado. No les preguntemos si eran médicos ó si sabian únicamente imitar el lenguaje de los mismos; si algun poeta antiguo ó moderno ha curado enfermos como Esculapio, ó si ha dejado á su muerte discípulos sabios en medicina, como el mismo Esculapio lo hizo con sus hijos. Demos de mano todas las demás artes, y no les hablemos de ellas. Pero como Homero se ha arrojado á hablar sobre las materias más importantes y más preciosas, tales como la guerra, la conduccion de los ejércitos, la administracion de los Estados, la educacion del hombre, es quizá justo interrogarle y decirle: Querido Homero, si es cierto, que eres un artista, alejado en tres grados de la verdad, incapaz de hacer otra cosa que fantasmas de virtud, (porque tal es la definicion que hemos dado del imitador); si eres un artista de segundo orden, si has podido conocer lo que puede mejorar ó empeorar los Estados ó los particulares, dinos, ¿qué Estado te debe la reforma de su gobierno, como Lacedemonia es deudora á Licurgo, y numerosos Estados grandes y pequeños la deben á muchos otros? ¿Qué país habla de tí como de un sabio legislador, y se gloria de haber sacado ventajas de tus leyes? La Italia y la Sicilia han tenido un Carondas; nosotros, los atenienses, hemos tenido un Solon, ¿pero dónde está el pueblo que te reconoce por su legislador?

—Creo que no hay ni uno solo; por lo ménos, los partidarios de Homero nada dicen.

—¿Se hace mencion de alguna guerra dirigida con fortuna por Homero mismo ó segun sus consejos?

—De ningun modo.

—¿Se distinguió por invenciones útiles en las artes ó en los demás oficios, de que al parecer habla con tanta sabiduría, como se cuenta de Tales de Mileto y del escita Anacarsis?

—Nada de eso se cuenta de él.

—Si Homero no ha prestado ningun servicio á la sociedad, ¿lo ha hecho siquiera á los particulares? ¿Se sabe que haya influido en la educacion de algunos jóvenes á él adictos, y que hayan trasmitido á la posteridad un plan de vida homérica, como se refiere de Pitágoras, que durante su vida fué buscado con este objeto, y que ha dejado sectarios que se distinguen aún hoy entre todos los demás hombres por el género de vida que llaman ellos mismos pitagórico?

—No, Sócrates; nada que se parezca á lo que dices se cuenta de Homero. Creofilo, su compañero, ha debido ser más ridículo aún por sus costumbres que por el nombre (1) que llevaba, si lo que se cuenta es exacto. Se dice, en efecto, que Homero fué durante su vida singularmente despreciado por este personaje.

—Así se cuenta efectivamente. Pero crees, Glaucon, que si Homero hubiera estado en situacion de instruir á los hombres y de hacerles mejores; si hubiera tenido un perfecto conocimiento de las cosas que sólo sabia imitar; ¿crees, digo, que no se hubiera atraído un gran número de personas que le habrian honrado y querido? ¿Qué!

(1) El nombre de Creofilo se compone de dos palabras griegas, que significan, la una *raza*, y la otra *vianda*. Véase á Fabricio, *Bibliot. gr.*, I, 4. Parece que corrian en la antigüedad tradiciones, relativas á este personaje, poco honrosas para él.

Protágoras de Abdera, Prodicó de Ceos y tantos otros tienen toda la influencia necesaria sobre el espíritu de sus contemporáneos para convencerlos en conversaciones particulares de que jamás serán capaces de gobernar su patria, ni su familia, si no se hacen sus discípulos; son queridos y respetados por su saber, hasta el punto de marchar, por decirlo así, en triunfo por los puntos por donde pasan; y al mismo tiempo, ¿los que vivían en tiempo de Homero y Hesíodo habrían permitido á estos poetas andar solos de ciudad en ciudad recitando sus versos, si hubieran podido sacar de ellos saludables lecciones de virtud? ¿No se habrían sentido atraídos hácia ellos más que á todo el oro del mundo? ¿No hubieran hecho los mayores esfuerzos por retenerles cerca de sí, y caso de no conseguirlo, no les habrían seguido á todas partes, como fieles discípulos, hasta ver terminada su educación?

—Lo que dices, Sócrates, me parece completamente cierto.

—Digamos, por lo tanto, de todos los poetas, comenzando por Homero, que ya traten en sus versos de la virtud ó de cualquiera otra materia, no son más que imitadores de fantasmas, sin llegar jamás á la realidad. Y lo mismo que dijimos ántes del pintor, el cual hará un retrato de un zapatero, aunque ningún conocimiento tenga de este oficio, con un parecido tal que los ignorantes, engañados por el dibujo y por el colorido, creerán ver un verdadero zapatero.....

—Sin contradicción.

—En la misma forma, el poeta, sin otro talento que el de imitar, sabe, con un barniz de palabras y de expresiones figuradas, dar tan bien á cada arte los colores que le convienen, ya hable de zapatería, ya trate de la guerra ó de cualquiera otro objeto, que con la medida, el número y la armonía de su lenguaje convence á los que le escuchan, y que juzgan sólo por los versos, de que está

perfectamente instruido en las cosas de que habla; ¡tan poderoso es el prestigio de la poesía! Por lo demás, ya sabes por otra parte el papel que hacen los versos cuando se les quita el colorido musical; no puedes ménos de haberlo observado.

— Sí.

—¿No se parecen á esos semblantes, que no teniendo otra belleza que un cierto aspecto de juventud, llegan á perderlo?

— Esa comparacion es exacta.

— Pasemos adelante. El autor de fantasmas, es decir, el imitador, sólo conoce la apariencia de los objetos, y de ninguna manera lo que tienen de real; ¿no es así?

— Sí.

— No nos contentemos con tratar someramente esta materia, y examinémosla á fondo.

— Conforme.

— El pintor, dijimos, pintará una brida y un bocado.

— Sí.

— El guarnicionero y el herrero los fabricarán.

— Muy bien.

— Pero en cuanto á la forma que es preciso dar á la brida y al bocado, ni el pintor, ni el guarnicionero, ni el herrero son competentes? El que sabe servirse de estas prendas, es decir, el picador, ¿no es el único que debe saberlo?

— Es cierto.

— ¿No sucede lo mismo con todas las demás cosas?

— ¿Cómo?

— Quiero decir que hay tres artes que responden á cada cosa: el arte que se sirve de ella, el que la construye y el que la imita.

— Es cierto.

— Pero, ¿á qué tienden las propiedades, la belleza, la perfeccion de un mueble, de un animal, de una accion cualquiera, sino al uso, á que cada cosa está destinada

por su naturaleza ó por la intencion de los hombres?

—A ninguna otra cosa.

—Luego es una necesidad, que el que se sirve de una cosa conozca sus propiedades mejor que ningun otro, y que dirija al obrero en su trabajo, enseñándole lo que su obra tiene de bueno y de malo con relacion al uso que debe hacerse de ella. El tocador de flauta, por ejemplo, enseñará al que fabrica este instrumento cuáles son las flautas que ofrecen más ventajas, y le prescribirá la manera de hacerlas, y éste le obedecerá.

—Sin duda.

—Y así el primero hablará como un hombre que conoce lo que constituye una flauta buena ó mala, y el segundo trabajará bajo la fe del primero.

—Sí.

—El conocimiento, que todo obrero tiene de la bondad y de los defectos de su obra, no es, hablando propiamente, más que una simple fe, fundada en las instrucciones que recibió del que se sirve de ella, y á cuyos conocimientos tiene precision de someterse; mientras que éste tiene un conocimiento especial de las cualidades y de los defectos del instrumento.

—Es cierto.

—En cuanto al imitador, ¿es mediante el uso de la cosa que imita como aprende á juzgar si es bella y si está bien ó mal hecha? ¿Adquiere, por lo ménos, una opinion exacta á causa de la necesidad en que se encuentra de conversar con el que conoce la materia y que le prescribe lo que debe imitar?

—Ni lo uno ni lo otro.

—Luego el imitador no tiene ni principios seguros, ni una opinion fija, tocante á lo que debe ser bueno ó malo en todo lo que imita.

—No hay trazas de eso.

—Siendo así, el imitador debe estar sin duda muy

versado en el conocimiento de las cosas que imita.

— Nada de eso.

— Sin embargo, no por eso dejará de imitar, aunque no sepa lo que hay de bueno y de malo en cada cosa; y se pondrá á imitar lo que parece bello á la multitud ignorante.

— Inevitablemente.

— Hemos demostrado suficientemente dos cosas: la primera, que todo imitador no tiene sino un conocimiento muy superficial de lo que imita, que su arte no tiene nada de serio, y que no es más que un juego de niños; y la segunda, que todos los que se dedican á la poesía dramática, ya compongan en versos yambos, ya en versos heroicos, son todo los imitadores que se puede ser.

— Sin duda.

— ¡Pero qué! ¿esta imitacion no está distante de la verdad tres grados?

— Sí.

— Por otra parte, ¿sobre qué facultad del hombre ejerce la imitacion el poder que tiene?

— ¿De qué quieres hablar?

— Vas á saberlo. ¿No es cierto que el mismo grandor mirado de cerca ó de léjos no parece igual?

— Sí.

— ¿No lo es asimismo que lo que parece derecho ó torcido, convexo ó cóncavo, visto fuera del agua, no parece lo mismo cuando se ve dentro de ella á causa de la ilusion que los colores producen en los sentidos, lo cual ocasiona evidentemente una gran perturbacion en el alma? Pues bien, á esta disposicion de nuestra naturaleza es á la que el arte del dibujo, el de los charlatanes y otros semejantes tienden lazos, sin olvidar ningun artificio que pueda valer para seducirla.

— Tienes razon.

— ¿Se ha encontrado contra esta ilusion preservativo

más seguro que la medida, el número y el peso, para impedir que la relacion de los sentidos, tocante á lo que es más ó ménos grande, más ó ménos número, más ó ménos pesado, prevaleciese sobre el juicio de la parte del alma que calcula, que pesa y que mide?

—Nó.

—Todas estas operaciones ¿no son de la competencia de la razon?

—Sí.

—Pero cuando un hombre ha medido bien una cosa, y ha reconocido que es más grande, más pequeña ó igual, se dan entónces en nosotros dos juicios opuestos relativos á las mismas cosas.

—Sí.

—¿Y no hemos dicho, que era imposible, que la misma facultad del alma formase al mismo tiempo y sobre la misma cosa dos juicios contrarios?

—Sí, y hemos tenido razon para decirlo.

—Por consiguiente, lo que juzga en nosotros sin consideracion á la medida es diferente de lo que juzga conforme á la medida.

—Sin duda.

—Pero la facultad, que hace relacion á la medida y al cálculo, es la parte mejor del alma.

—Sin contradiccion.

—Luego la facultad opuesta es alguna cosa inferior en nosotros.

—Es preciso que así sea.

—Á esta confesion queria conduciros, cuando decia que, de una parte, la pintura, y en general todo arte que consiste en la imitacion, está muy distante de la verdad en todo lo que ejecuta; y que, de otra, esta parte de nosotros mismos, con la que el arte de imitar está en relacion, se encuentra tambien muy distante de la sabiduría, y no inspira nada verdadero ni real.

— Estoy conforme.

— Por consiguiente, la imitación, siendo mala de suyo y uniéndose á lo que hay de malo en nosotros, sólo puede producir efectos malos.

— Así debe de ser.

— Pero esto, ¿es cierto tan sólo respecto á la imitación que hiera la vista? ¿Y no puede decirse otro tanto de la que hiera al oído y que llamamos poesía?

— Creo que se puede decir lo mismo.

— No nos detengamos en semejanzas fundadas en la analogía que se encuentra entre la pintura y la poesía; penetremos hasta esta parte del alma, con la cual tiene la poesía un comercio íntimo, y veamos si ella es buena ó mala.

— Me agrada.

— Consideremos el punto de esta manera. Diremos que la poesía imitativa nos presenta á los hombres entregados á acciones forzosas ó voluntarias, de cuyo resultado depende que se crean dichosos ó desgraciados y que se abandonen á la alegría ó á la tristeza. ¿Hay en lo que ella hace más que lo que digo?

— Nada más.

— Y bien; ¿en todas estas situaciones el hombre está de acuerdo consigo mismo? ¿No se encuentra, por el contrario, en razón de su conducta, en contradicción, en lucha consigo mismo, como se encontraba ántes con ocasión de la vista cuando formaba á la vez sobre un mismo objeto dos juicios contrarios? Pero recuerdo, que es inútil disputar sobre este punto, porque ántes convinimos en que nuestra alma estaba llena de una infinidad de contradicciones, que reinan en ella al mismo tiempo.

— Hemos tenido razón.

— Sin duda. Pero me parece imprescindible examinar ahora lo que entonces omitimos.

— ¿De qué se trata?

—Dijimos entónces, que un hombre de un carácter moderado, á quien hubiere sucedido alguna desgracia, como la pérdida de un hijo ó de otra cosa extremadamente querida, sufrirá esta pérdida con más resignacion que cualquiera otro.

—Seguramente.

—Veamos ahora si será completamente insensible á esta pérdida, ó si, no pudiendo existir semejante insensibilidad, pondrá por lo menos límites á su dolor.

—A decir verdad, me parece, que tomará este último partido.

—Dime: ¿en qué momentos se hará más violencia para disimular su dolor? ¿Será cuando se encuentre en presencia de otros, ó cuando esté sólo frente á frente de sí mismo?

—Estará más sobre sí cuando esté con otros que cuando esté solo.

—Pero viéndose sin testigos dejará escapar quejas que sentiria se le oyeran; y hará otros muchos extremos, en que no querria ser sorprendido.

—Es cierto.

—Lo que le ordena mantenerse firme contra el dolor es la ley y la razon; por el contrario, lo que le obliga á abandonarse á él es la pasion.

—Convengo en ello.

—Pero cuando el hombre experimenta dos movimientos contrarios con relacion al mismo objeto, es una prueba, decimos, de que hay en él dos partes opuestas.

—Sin duda.

—Una, que está pronta á obedecer á la ley en todo aquello que ella prescribe.

—¿Cómo?

—Por ejemplo, la ley dice, que es bueno mantenerse firme en las desgracias y no dejarse llevar de la desesperacion, y las razones que tiene, son que se ignora si

los accidentes son bienes ó males; que nada se adelanta con afligirse; que los sucesos de la vida no merecen que tomemos por ellos un gran interés; y sobre todo, que la afliccion es un obstáculo para hacer lo que proceda en tales circunstancias.

—¿Qué deberá hacerse entónces?

—Tomar consejo de la razon sobre lo que acaba de suceder, reparar los efectos de la mala suerte, como se repara una mala jugada de dados; es decir, por los medios que la razon haya demostrado que son los mejores, y no obrar como los niños, que, cuando sufren una caida, llevan la mano á la parte herida y pierden el tiempo en llorar; ántes bien acostumbrar su alma á aplicar prontamente el remedio á la herida, levantar lo que ha caido, y no malgastar el tiempo en llorar inútilmente.

—Es el mejor partido que podemos tomar, cuando acaecen tales desgracias.

—Y es la parte más sana de nosotros mismos la que sabe tomar consejo de la razon.

—Eso es evidente.

—Y esta otra parte que nos recuerda sin cesar nuestras desgracias, que nos hace exhalar lamentos, y que nunca se sacia, ¿temeremos decir que es una cierta cosa irracional, cobarde y tímida?

—Sin dudar lo diremos.

—Porque nada se presta mejor á una imitacion variada que el dolor y la desesperacion; mientras que un carácter sabio, tranquilo, siempre semejante á sí mismo, hay dificultad en imitarle, y la pintura que de él se hiciese seria poco á propósito para conmover esa multitud confusa, que se reune de ordinario en los teatros; porque seria presentarle la imágen de una condicion, que le es completamente extraña.

—Sin contradiccion.

—Por otra parte, es evidente que el genio del poeta

imitador no le llama en manera alguna á representar esta parte del alma, y que, en su afan de agradar á la multitud, procura separarse de este camino, y más bien se inclina á expresar los caracteres apasionados, cuya variedad hace que sea más fácil el representarlos.

—Es evidente.

—Luego tenemos justos motivos para condenarle y ponerle en la misma clase que el pintor. Tiene de comun con él el componer sólo obras sin valor, si se las coteja con la verdad; y tambien se le parece en qué trabaja con el fin de agradar á la parte débil del alma, y no á lo mejor que hay en ella; y por lo tanto tenemos fundados motivos para rehusarle la entrada en un Estado, que debe ser gobernado por leyes sábias, puesto que remueve y despierta la parte mala del alma, y al fortificarla destruye el imperio de la razon. Y podemos asegurar que lo que sucederia en un Estado, en que los más malos llegasen á ser los más fuertes, revistiéndose de toda la autoridad y haciendo perecer á todos los buenos ciudadanos, es la imágen del desórden, que el poeta imitador introduce en el gobierno interior de cada hombre, por la excesiva complacencia que tiene para con esta parte insensata de nuestra alma, que no sabe distinguir lo que es más grande de lo que es más pequeño; que sobre un mismo objeto se forma ideas tan pronto demasiado grandes, como demasiado pequeñas; que produce fantasmas, y que permanece siempre á una distancia infinita de la verdad.

—Es cierto.

—Aún no hemos dicho nada del mayor mal que causa la poesía. ¿No es, en efecto, una cosa bien triste ver que es capaz de corromper el espíritu de las personas discretas á excepcion de muy pocas?

—Triste es sin duda, si produce semejante efecto.

—Escucha, y luego juzga. Sabes, que todos indistintamente, hasta los más razonables, cuando oimos recitar

pasajes de Homero ó de cualquiera otro poeta trágico, en que se representa á un héroe angustiado, deplorando su suerte en un largo discurso, prorumpiendo en gritos y dándose golpes de pecho, sabes, repito, que en aquel acto percibimos un vivo y secreto placer, del que nos dejamos llevar insensiblemente, uniéndose á la compasion, que inspira el héroe, la admiracion por el talento del poeta, que tan bien ha sabido conmovernos.

—Lo sé; ¿y cómo podria ignorarlo?

—Sin embargo, has podido observar, que en nuestras propias desgracias creemos comprometido nuestro honor, si no tomamos el partido contrario, quiero decir, si no nos mantenemos firmes y tranquilos, cual conviene á la condicion de hombre, abandonando á las mujeres esas mismas lamentaciones que acabamos de aplaudir.

—Sí, lo he observado.

—Pero ¿tiene sentido, no digo el ver sin indignacion, sino el aprobar con entusiasmo en otro una situacion de que nos ruborizaríamos si nos viésemos en ella, y que condenaríamos en nosotros como una indigna debilidad?

—En verdad, no es razonable.

—No, sin duda; sobre todo, si miramos la cosa como debe mirarse.

—¿Cómo?

—Si consideramos, que esta parte de nuestra alma, contra la que nos mantenemos firmes en nuestras propias desgracias, que está sedienta de lágrimas y lamentaciones de que querria saciarse, y que busca por naturaleza, es la misma á que los poetas adulan y á la que hacen estudio en complacer; y que, en tales ocasiones, esta otra parte de nosotros mismos, que es la mejor, no estando aún bastante fortificada por la razon y por el hábito, floja la rienda á la otra parte llorona, excusándose con que no es más que simple espectadora de las desgracias de otro, y que no es vergonzoso para ella dar

señales de aprobacion y de compasion, al ver las lágrimas, que otro, que se dice hombre de bien, derrama indebidamente; de suerte que tiene por un bien el placer que disfruta en aquel momento, y no consentiria verse privado de él, como se veria si condenara absolutamente esta clase de poemas. Esto procede de que son pocos los que fijan su reflexion en que los sentimientos de otro se hacen infaliblemente nuestros, y que despues de haberse mantenido y fortificado nuestra sensibilidad mediante la vista de los males ajenos, es difícil moderarla en los propios.

—Es cierto.

—¿No diremos otro tanto cuando se trata del ridículo? Por aversion que tengas al tipo del bufon, si manifiestas un placer excesivo en oír sus bufonadas, sea en el teatro, sea en conversaciones particulares, te sucederá lo mismo que en las emociones patéticas, es decir, que concluyes por hacer lo que apruebas en los demás. Porque entónces das rienda suelta al deseo de hacer reír, que la razon reprimia ántes en tí por temor de pasar por bufon; y despues de haber alimentado este deseo en la comedia, no tardarás en dejar escapar en tus relaciones con los demás, hasta sin pensar en ello, dichos que sólo pueden convenir á un farsante de profesion.

—Tienes razon.

—La poesia imitativa produce en nosotros el mismo efecto con respecto al amor, á la cólera y á todas las pasiones del alma, que tienen por objeto el placer y el dolor, y que nos sitian constantemente. En lugar de hacer que se sequen poco á poco, las rocía y las alimenta. La poesia imitativa nos hace viciosos y desgraciados á causa de la fuerza que da á estas pasiones sobre nuestra alma, en vez de mantenerlas á raya y en completa dependencia, para asegurar nuestra virtud y nuestra felicidad.

—No puedo ménos de convenir en ello.

—Y así, mi querido Glaucon, cuando oigas decir á los admiradores de Homero, que este poeta ha formado la Grecia, y que, leyéndole, se aprende á gobernar y conducir bien los negocios humanos, y que lo mejor que se puede hacer es someterse á sus preceptos, deberás tener toda clase de miramientos y de consideraciones con los que empleen este lenguaje, como si estuvieran dotados del mayor mérito, y hasta concederles que Homero es el más grande poeta y el primero entre los trágicos; pero al mismo tiempo no pierdas de vista, que en nuestro Estado no podemos admitir otras obras de poesía que los himnos á los dioses y los elogios de los hombres grandes; porque tan pronto como dés cabida á la musa voluptuosa, sea épica, sea lírica, el placer y el dolor reinarán en el Estado en lugar de las leyes, en lugar de esta razon, cuya excelencia han reconocido todos los hombres en todos los tiempos.

—Nada más cierto.

—Puesto que por segunda vez se ha presentado la ocasion de hablar de la poesía, hé aquí lo que tenia que decir para justificarnos por haberla desterrado de nuestro Estado: la razon nos obligaba á ello. Por lo demás, y para que la poesía misma no nos acuse de haberla tratado con rudeza y tosquedad, será bueno decirle que no es de ahora su disension con la filosofía. Sirvan de testigos las frases siguientes: *esta perra arisca que ladra contra su dueña... Ese gran hombre que brilla en un círculo de dementes... La cuadrilla de sabios que quiere elevarse por cima de Júpiter... Estos hombres contemplativos sutiles cuyo ingenio aguza la pobreza...* (1) y otras mil que prueban lo antiguo de esta querella. A pesar de esto, proteste-

---

(1) Frases tomadas de poetas antiguos desconocidos. Se recuerdan en las *Leyes* hácia el fin del libro doce.

mos resueltamente que si la poesía imitativa, que tiene por objeto el placer, puede probarnos con buenas razones que no se la debe desechar de un Estado civilizado, nosotros la recibiremos con los brazos abiertos, porque no podemos ocultarnos á nosotros mismos la fuerza y la dulzura de sus encantos; pero en ningun caso es permitido hacer traicion á la verdad. En efecto; tú mismo, mi querido amigo, ¿no eres uno de los apasionados por la poesía, sobre todo si se trata de la de Homero?

—Sí, seguramente.

—¿No es justo, por lo tanto, que le demos el derecho de venir á defender su causa delante de nosotros, sea en una oda, sea en cualquiera otra especie de poema que juzgue conveniente escoger?

—Sin duda.

—En cuanto á sus defensores oficiosos, esos que, sin hacer versos, son amantes de la poesía, les permitiremos que demuestren en prosa, no sólo que es agradable, sino que tambien es útil á los Estados y á los particulares para el régimen de la vida; los escucharemos con gusto y ganaremos en ello, si se nos hace ver que une lo útil á lo agradable.

—Sí, en verdad, ganaremos en ello.

—Pero si no consiguen probarnos esto, ¿imitaremos la conducta de los enamorados, que se hacen violencia para libertarse de la pasion despues que han reconocido el peligro? Efecto del amor que hemos concebido por la poesía desde la infancia, y que se nos ha inspirado en estas bellas repúblicas, en que hemos recibido nuestra educacion, deseariamos que nos pudiera aparecer muy buena y muy amiga de la verdad, pero mientras ella no tenga razones sólidas que alegar en su defensa, la escucharemos precaviéndonos contra sus encantos por las razones que acabo de exponer, y procuraremos no volver á caer en la pasion que por ella hemos sentido en nuestra juventud, y de

cuya influencia no se libra el comun de los hombres. Viviremos persuadidos de que no se debe mirar esta especie de poesía como una cosa seria, ni que afecte á la verdad; que todo hombre que teme por el gobierno interior de su alma, debe estar en guardia contra ella, escucharla con precaucion, y en fin, creer que todo lo que hemos dicho es verdadero.

—Consiento en ello con todo mi corazon.

—Porque, mi querido Glaucon, es un gran combate, y más grande que se piensa, aquel en que se trata de ser virtuoso ó malo. Ni la gloria, ni las riquezas, ni las dignidades, ni, en fin, la poesía merecen que despreciemos por ellas la justicia y las demás virtudes.

—No puedo ménos de conformarme despues de lo que hemos dicho, ni creo que se pueda pensar de otra manera.

—Sin embargo, aún no hemos hablado de las mayores recompensas ofrecidas á la virtud.

—Es preciso que sean de un precio infinito, si superan á las que acabamos de exponer.

—¿Puede llamarse grande lo que pasa en un pequeño espacio de tiempo? En efecto, el intervalo que separa nuestra infancia de la vejez es bien poco en comparacion de la eternidad.

—Puede decirse que no es nada.

—¿Y qué! ¿piensas, que un sér inmortal debe limitar sus cuidados y sus miras á un tiempo tan corto en vez de extenderlas á la eternidad?

—No lo creo, ¿pero á qué viene esta observacion?

—¿No sabes que nuestra alma es inmortal, y que no perece jamás?...

Al oir estas palabras Glaucon, mirándome con un aire de sorpresa me dijo: yo no sé nada, y tú ¿podrias probar-melo?

—Sí, repuse yo, si no me engaño; creo, que tú podrias hacer otro tanto, porque no es un punto difícil.

—Para mí lo es; y me harás un señalado servicio, si me demuestras un punto que crees tan fácil.

—Escucha.

—Habla.

—¿Reconoces que hay bien y mal?

—Sí.

—¿Tienes de lo uno y de lo otro la misma idea que yo?

—¿Qué idea?

—Que el mal es todo principio de corrupcion y de disolucion; y el bien todo principio de conservacion y de mejoramiento?

—Sí.

—¿No tiene cada cosa su mal y su bien? La oftalmia, por ejemplo, es el mal de los ojos; la enfermedad, el mal de todo el cuerpo; la niebla es el mal del trigo; la podredumbre el de la madera; la herrumbrela del hierro y del bronce; en una palabra, no hay nada en la naturaleza que no tenga su mal y su enfermedad particular; ¿no admities esto conmigo?

—Sí.

—Este mal, ¿no daña á la cosa á que afecta? ¿No concluye por disolverla y destruirla totalmente.

—Sin duda.

—Por consiguiente, cada cosa es destruida por el mal y por el principio de corrupcion que lleva en sí; de suerte que, si este mal no tiene fuerza para destruirla, no hay nada que sea capaz de hacerlo; porque el bien no puede producir este efecto respecto á ninguna cosa, como no puede producirlo lo que no es ni bien ni mal.

—¿Cómo podria hacerlo?

—Luego si encontramos en la naturaleza una cosa á la que su mismo mal puede hacer mala, pero que no puede disolverla ni destruirla, desde este momento ¿no podremos asegurar que esta cosa no puede perecer?

— Así parece.

— ¡Pero qué! ¿no hay algo que hace mala al alma?

— Sí, ciertamente; los vicios de que hemos hecho mención: la injusticia, la intemperancia, la cobardía, la ignorancia.

— ¡Entre estos vicios hay alguno que pueda alterarla y disolverla? Ten cuidado, no sea que incurramos en error imaginándonos que cuando el hombre injusto é insensato es condenado á muerte por su injusticia, su muerte sea efecto de la injusticia, que es el mal de su alma. Hé aquí de qué manera es preciso examinar este punto. ¿No es cierto que la enfermedad, que es el principio disolvente del cuerpo, le mina poco á poco, le destruye y le reduce hasta el punto de perder la forma de cuerpo? ¿No lo es que todas las demás cosas, de que hemos hablado, tienen su mal propio, que se identifica con ellas, las corrompe por la estancia que en ellas hace, y las reduce al extremo de no ser lo que eran?

— Sí.

— En la misma forma, haciendo la aplicacion de esto al alma, es preciso ver si la injusticia y los demás vicios, llegando á aposentarse y fijarse en ella, la corrompen, la arruinan hasta conducirla á la muerte, separándola del cuerpo.

— Esa aplicacion no puede tener lugar respecto del alma.

— Por otra parte, seria contra toda razon decir, que un mal extraño destruye una sustancia, que su propio mal no puede destruir.

— Sin dudá.

— En efecto, fija tu reflexion, mi querido Glaucon, en que ni áun respecto á los cuerpos creemos que su destruccion haya de ser el efecto inmediato de la mala calidad de los alimentos, ya por tener demasiado tiempo, ya por estar corrompidos ó por cualquiera otra razon. Si el

alimento malo engendra en el cuerpo el mal que le es propio, lo que diremos será, que, con ocasion del alimento, el cuerpo ha sido arruinado por la enfermedad, la cual es propiamente su mal; y jamás sostendremos que los alimentos, que son de una naturaleza diferente de la del cuerpo, tengan por su mala calidad la virtud de destruirle, á menos que este mal extraño no haga nacer en él el mal que le es propio.

—Muy bien.

—Por la misma razon, á menos que la enfermedad del cuerpo no engendre la del alma, jamás podremos decir que el alma, que no participa del mal del cuerpo, pueda perecer por un mal extraño, sin la intervencion del mal que le es propio.

—Nada más razonable.

—Por lo tanto, asentemos la falsedad de esta demostracion, ó mientras se mantenga en toda su fuerza, guardémonos bien de decir, que ni la fiebre, ni ninguna otra especie de enfermedad, ni el hierro, ni nada, sea lo que sea, aún cuando resultare el cuerpo hecho pedazos, puede dar la muerte al alma, á menos que no se nos haga ver que el efecto de estos accidentes del cuerpo consiste en hacer el alma más injusta y más impía. Y no consintamos que se diga, que ni el alma ni cualquiera otra sustancia perecen por el mal que la sobrevenga de una sustancia de naturaleza diferente, si el mal que la es propio no llega á juntarse con aquel.

—Nadie nos demostrará jamás, que las almas de los que mueren se hacen más injustas por la sola razon de morir.

—Si alguno fuese tan atrevido, que combatiere lo que acabamos de decir, y sostuviese que la muerte hace al hombre más malo y más injusto, para no verse obligado á reconocer la inmortalidad del alma, nosotros le obligaremos á convenir en que si lo que dice es cierto, se sigue

de aquí que la injusticia, como la enfermedad, conduce naturalmente á la muerte, que mata mediante una fuerza que tiene en sí misma; y que los que dan entrada en su alma á la injusticia, mueren más ó ménos pronto, segun que son más ó ménos malvados; lo cual es contrario á la experiencia de todos los dias, que nos hace ver, que la causa ordinaria de la muerte de los criminales es el suplicio á que se les condena, y no la justicia.

— En efecto, si la injusticia fuese un mal capaz de dar por sí mismo la muerte á los hombres malos, no habria razon para mirarla como una cosa tan terrible, puesto que seria un remedio para todos los males. Pienso, por el contrario, que evidentemente la injusticia mata á los demás en cuanto ella puede, mientras que conserva lleno de vida y además muy despierto á aquel, en quien fija su estancia; ¡tan distante está la injusticia de darle la muerte!

— Dices verdad, porque si la corrupcion del alma, si su propio mal no puede matarla y destruirla, ¿cómo un mal, destinado por su naturaleza á la destruccion de otra sustancia, podria hacer perecer al alma ó cualquiera otra cosa, que no sea aquella sobre la que puede producir naturalmente este efecto?

— Me parece imposible.

— Pero es evidente, que una cosa, que no puede perecer ni por su propio mal, ni por un mal extraño, debe necesariamente existir siempre, y que si existe siempre es inmortal.

— Sí.

— Sentemos, por lo tanto, esto como un principio incontestable. Ahora bien, si es así, es fácil concebir que estas mismas almas deben de existir siempre, puesto que no pereciendo ninguna de ellas, no puede disminuir su número. Ya comprendes, que si el número de los seres inmortales se hiciese más grande, estos nuevos seres se

formarian de lo que fuese mortal, y que entónces todas las cosas acabarían por ser inmortales.

—Dices verdad.

—No nos permite la razon creer, ni tampoco pensar, que nuestra alma, considerada en el fondo mismo de su sér, sea de una naturaleza compuesta, llena de desemejanza y diversidad.

—¿Cómo?

—Es difícil, que lo que resulta de la reunion de muchas partes sea eterno, á menos que la composicion sea tan perfecta como acaba de parecernos la del alma.

—En efecto, eso no es probable.

—Las razones que acabamos de alegar y muchas otras demuestran, por lo tanto, de una manera invencible la inmortalidad del alma. Mas para conocer su verdadera naturaleza, no se la debe considerar, como lo estamos haciendo, en el estado de degradacion á que la conducen su union con el cuerpo y todos los males que son resultados de esta union, sino que debe contemplársela atentamente con los ojos del espiritu, tal como es en sí misma, desprendida de todo lo que á ella es extraño. Entónces se verá, que es infinitamente más bella; se conocerá con más claridad la naturaleza de la justicia, de la injusticia y de las demás cosas de que hemos hablado. Todo lo que hemos dicho del alma es verdadero con relacion á su estado presente; pero así como los que viesan ahora á Glauco el marino, tendrian dificultad en reconocer su primera forma, porque las antiguas partes de su cuerpo han sido unas rotas, otras gastadas y totalmente desfiguradas por las olas y se ha formado otras nuevas de conchas, yerbas marinas y chinarras, de suerte que más bien parece á un monstruo que á un hombre, tal como ántes era; de igual modo el alma se presenta á nosotros desfigurada por mil males. Pero hé aquí, mi querido Glaucon, lo que es preciso examinar en ella.

—¿Qué?

—Su amor por la verdad. Es preciso, que fijemos nuestra reflexion en las cosas á que el alma se dirige, en los objetos con que quiere comunicarse, en el enlace íntimo que naturalmente tiene con todo lo que es divino, inmortal, imperecedero, y en lo que debe convertirse, cuando entregándose por entero á este sublime fin, se eleve mediante un noble esfuerzo desde el fondo de este mar en que está sumida, y se desembaraze de las conchas y guijarros, que se pegan á ella á causa de la necesidad en que está de alimentarse con las cosas terrenas, necesidad que merece el aplauso de muchos, considerándola como una felicidad. Entónces es cuando verás claramente cuál es la naturaleza del alma, si es simple ó compuesta, en una palabra, cuáles son su esencia y su manera de ser. En cuanto al presente, hemos explicado, á mi parecer, bastante bien las pasiones y las inclinaciones á que está sujeta en este mundo.

—Muy bien.

—En esta indagacion ¿no hemos despojado la justicia de todo lo que es accesorio, y puesto á parte los honores y las recompensas que tú le has atribuido bajo la fe de Homero y de Hesiodo? ¿No hemos demostrado, que la justicia es por sí misma el mayor bien del alma, que esta debe realizar lo que es justo, ya posea ó nó el anillo de Giges, y si se quiere tambien el casco de Pluton (1)?

—Muy bien.

—No parecerá mal, mi querido Glaucon, que ahora restituyamos á la justicia y á las otras virtudes, además de estas ventajas que son propias de ellas, las recompensas que los hombres y los dioses han unido á las mismas,

(1) Homero habla de este casco en el libro V de la *Iliada*, v. 845: dice, que Palas tomó el casco de Pluton para que Marte no la viese. Este casco hacia al que le llevaba invisible á los dioses, como el anillo de Giges le hacia invisible á los hombres.

y que el hombre justo recibe durante la vida y despues de la muerte.

—No, ciertamente.

—Ahora, ¿devolverás tú á la vez lo que te presté al principio de esta conversacion? (1).

—¿Qué?

—Quise concederte, que el hombre justo puede pasar por malo y el malo por justo, porque creiste, que si bien era imposible engañar en este punto á los hombres y á los dioses, era sin embargo indispensable suponerlo en obsequio de tu indagacion, para que se pudiera apreciar plenamente la justicia y la injusticia, tomadas en sí mismas. ¿No te acuerdas?

—Seria en mí grave falta el no acordarme.

—Ahora que ya las hemos apreciado, te emplazo en nombre de la justicia para que le restituyas los honores que ella recibe de los hombres y de los dioses, y para que ayudes tú mismo á reponerla en todos sus derechos. Despues de haberte obligado á convenir en las ventajas que resultan de ser justo, y en que la justicia no defrauda las esperanzas de los que la practican, quiero que convengas tambien en que es infinitamente muy superior á la injusticia en razon de los bienes que la reputacion de hombre virtuoso proporciona.

—Nada pides que no sea justo.

—Me concederás, en primer lugar, que el hombre virtuoso y el hombre malo son conocidos por los dioses tales como son.

—Te lo concedemos.

—Y que si es así, el uno es querido de los dioses y el otro aborrecido, como convinimos desde el principio.

—Es cierto.

—¿No me concederás tambien que el hombre querido

---

(1) Libro II, *Discurso de Agaton*.

de los dioses sólo puede esperar de su parte bienes, y que, si algunas veces recibe males, es en expiación de las faltas de su vida pasada?

—Sin contradicción.

—Es preciso reconocer, por lo tanto, respecto del hombre justo, ya se encuentre pobre ó enfermo, ó en cualquiera otra situación que se considere como desgraciada, que sus pretendidos males se convertirán en ventaja suya durante su vida ó despues de su muerte. Porque la Providencia de los dioses necesariamente se fija en el que se esfuerza en hacerse justo y en llegar mediante la práctica de la virtud á la más perfecta semejanza que puede tener el hombre con la divinidad.

—No es natural que un hombre de este carácter sea despreciado por aquel, á quien se esfuerza en parecerse.

—Del hombre malo, ¿no debe pensarse lo contrario?

—Sin duda.

—Y así, de parte de los dioses, los frutos de la victoria pertenecen al justo.

—Por lo ménos esa es mi opinion.

—Y de parte de los hombres ¿no sucede lo mismo, puesto que es preciso decir la verdad? ¿No sucede á los hombres malos y perversos lo que á los atletas, que corren perfectamente á la ida, pero que no hacen lo mismo á la vuelta? Al pronto se lanzan con rapidez, pero al final de la carrera dan lugar á que se burlen de ellos, cuando se los ve, con las orejas caidas, retirarse precipitadamente sin ser coronados, mientras que los verdaderos corredores llegan al término, consiguen el premio y reciben la corona. ¿Los justos no tienen de ordinario la misma suerte, quiero decir, que al término de cada una de sus empresas, de su carrera y de su vida, reciben de los hombres el tributo de gloria y de recompensa que les es debido?

—Tienes razon.

—¿Consentirás, pues, en que yo aplique á los justos lo que tú mismo has dicho de los malos? (1).

—¿Sostengo que los justos, cuando han alcanzado la edad madura, llegan á obtener en el Estado en que viven todas las dignidades á que aspiran; que contraen uniones á su eleccion ellos y sus hijos; en una palabra, todo lo que tú has dicho de aquellos, lo digo yo de éstos. En cuanto á los hombres malos, sostengo que áun cuando hayan conseguido ocultar lo que son, en su mayor parte se descubren al fin de su carrera; que cuando llegan á la vejez, ven caer sobre sí el ridículo y el oprobio; que son el juguete de los extranjeros y de sus conciudadanos, y para servirme de expresiones que considerabas demasiado fuertes respecto del justo, pero que son verdaderas respecto del perverso, digo, que serán azotados, sometidos al tormento y quemados con hierros candentes; en una palabra, imagínate que oyes de mi boca todos los géneros de suplicios de que tú hacias mencion entónces. Veamos si quieres concederme que habrán de sufrir todo esto.

—Sí, tanto más cuanto que nada dices que no sea razonable.

—Tales son las ventajas, el salario y las recompensas que el justo recibe durante su vida de parte de los hombres y de los dioses, además de los bienes que le proporciona la práctica de la justicia.

—Estas ventajas son á la vez gloriosas y positivas.

—Pero no son nada, ni por el número ni por la magnitud, en comparacion de los bienes y de los males reservados en la otra vida á la virtud y al vicio. Necesitamos hacer mérito de ellos, para dar al justo y al malo lo que tienen derecho á esperar de nosotros en esta conversacion.

—Pocas cosas hay que esté yo más deseoso de escuchar; habla, pues.

---

(1) Libro segundo.

—No es la historia de Alcinoos (1) la que voy á referir, sino la de un hombre de corazon, Er el Armenio, originario de Panfilia. Despues de haber muerto en una batalla, como á los diez dias se fuera á recoger los cadáveres que ya estaban corrompidos, se encontró el suyo sano y entero; y conducido á su casa, cuando al duodécimo dia estaba sobre la hoguera, volvió á la vida, y refirió á los circunstantes lo que habia visto en el otro mundo: «En el momento que mi alma salió del cuerpo, dijo, llegué con otra infinidad de ellas á un sitio de todo punto maravilloso, donde se veian, en la tierra, dos aberturas, próximas la una á la otra, y, en el cielo, otras dos, que correspondian con las primeras. Entre estas dos regiones estaban sentados jueces, y así que pronunciaban sus sentencias, mandaban á los justos tomar su camino por la derecha, por una de las aberturas del cielo, despues de ponerles por delante un rótulo que contenia el juicio dado en su favor; y á los malos les obligaban á tomar el camino de la izquierda, por una de las aberturas de la tierra, llevando á la espalda otro rótulo semejante, donde iban consignadas todas sus acciones. Cuando yo me presenté, los jueces decidieron que era preciso llevarse á los hombres la noticia de lo que pasaba en el otro mundo, y me mandaron que oyera y observara en aquel sitio todas las cosas de que iba á ser testigo.»

«Ví en primer lugar á las almas de los que habian sido juzgados, unas subir al cielo, otras descender á la tierra por las dos aberturas que se correspondian; mientras que por la otra abertura de la tierra ví salir almas cubiertas de basura y de polvo, al mismo tiempo que por la otra del cielo descendian otras almas puras y sin mancha. Parecian venir todas de un largo viaje, y detenerse con gusto

---

(1) Es decir, una historia falsa tal como la de Ulises á Alcinoos entre los feacios.

en la pradería como en un punto de reunion. Las que se conocian, se pedian unas á otras, al saludarse, noticias acerca de lo que pasaba en el cielo y en la tierra. Unas referian sus aventuras con gemidos y lágrimas, que las arrancaba el recuerdo de los males que habian sufrido ó visto sufrir á los demás durante su estancia en la tierra, cuya duracion era de mil años. Otros, que volvian del cielo, hacian la historia de los deliciosos placeres, que habian disfrutado y de las cosas maravillosas que habian visto.»

—Seria muy largo, mi querido Glaucon, referirte por entero el discurso del Armenio Er sobre este punto. Se reducía á decir, que las almas eran castigadas diez veces por cada una de las injusticias que habian cometido durante la vida; que la duracion de cada castigo era de cien años, duracion natural de la vida humana, á fin de que el castigo fuese siempre décuplo para cada crimen. Y así, los que se han manchado con muchos asesinatos, que han vendido los Estados y los ejércitos, que los han reducido á la esclavitud, ó que se han hecho culpables de cualquiera otro crimen semejante, eran atormentados con el décuplo por cada uno de estos crímenes. Aquellos, por el contrario, que han hecho bien á los hombres, que han sido santos y virtuosos, recibian en la misma proporcion la recompensa de sus buenas acciones. Respecto á los niños muertos á luego de su nacimiento, Er daba otros detalles que es supérfluo referir. Habia, segun su historia, recompensas más grandes aún para los que habian honrado los dioses y respetado á sus padres; y suplicios extraordinarios para los impíos, los parricidas y los homicidas á mano armada.

«Estaba yo presente, añadía, cuando un alma preguntó á otra dónde estaba el gran Ardico. Ardico habia sido tirano de una ciudad de Panfilia mil años ántes; habia dado muerte á su padre, que era de avanzada edad, y á su her-

mano mayor, y cometido, segun se decia, otros muchos crímenes enormes. No viene, respondió el alma, ni vendrá jamás aquí. Todos fuimos testigos en esta ocasion del espectáculo más aterrador. Cuando estábamos á punto de salir del abismo subterráneo, despues de haber purgado nuestras culpas y sufrido nuestros castigos, vimos á Ardíeo y á muchos más, que eran en su mayor parte tiranos como él, y tambien vimos á algunos particulares, que en su condicion privada habian sido grandes criminales. En el momento que intentaron salir, la abertura les impidió el paso, y todas las veces que alguno de estos miserables, cuyos crímenes no tenian remedio ó no habian sido suficientemente expiados, se presentaba para salir, se dejaba oír en la abertura un bramido. Al producirse este estruendo, acudieron personajes horribles que parecian como de fuego. Por lo pronto estos séres espantosos condujeron á viva fuerza á un cierto número de aquellos criminales; en seguida se apoderaron de Ardíeo y de los demás, les ataron los piés, las manos y la cabeza, y despues de haberlos arrojado en tierra y de desollarlos á fuerza de golpes, los arrastraron fuera del camino sobre sangrientas zarzas, diciendo á las sombras que encontraban el motivo por qué trataban así á estos criminales, y que iban á precipitarlos en el Tártaro. Esta alma añadia, que entre los diversos terrores de que se veian agitadas durante el camino, ninguno les causaba tanto espanto como el temor de que se oyera el bramido en la abertura en el momento de salir, y que habia sido para ellas un placer inexplicable el no haberlo oido al tiempo de su salida.

» Tales eran, poco más ó ménos, los juicios de las almas, los suplicios y las recompensas. Despues que cada una de estas almas hubo pasado siete dias en esta pradería, partieron al octavo, y en cuatro dias de jornada llegaron á un punto desde el que se veia una luz que atravesaba el cielo y la tierra, recta como una columna, y

semejante á Iris, pero más brillante y más pura (1). A esta luz llegaron despues de otro día de jornada. Allí vieron que las extremidades del cielo venian á parar al centro de esta luz, que les servia de lazo y que abrazaba toda la circunferencia del cielo, poco más ó ménos, como esas piezas de madera que ciñen los costados de las galeras y sostienen toda la armadura. De estas extremidades está pendiente el huso de la Necesidad, el cual daba impulso á todas las revoluciones celestes. El cuerpo del huso y el gancho eran de acero, y el peso era una mezcla de acero y otras materias.

»Este peso se parecia por la forma á los pesos de este mundo. Mas para tener de él una idea exacta, es preciso representarse un gran peso hueco por dentro, en el que esté engastado otro peso más pequeño, como los vasos que entran uno en otro. En el segundo peso habia un tercero, en éste un cuarto, y así sucesivamente hasta el número de ocho, dispuestos entre sí á manera de círculos concéntricos. Se veia por arriba el borde superior de cada uno, y todos presentaban al exterior la superficie continua de un solo peso alrededor del huso, cuyo tronco pasaba por el centro del octavo. Los bordes circulares del peso exterior eran los más anchos; despues los del sexto, los del cuarto, los del octavo, los del sétimo, los del quinto, los del tercero y los del segundo iban disminuyendo en anchura en este mismo orden. El círculo, formado por los bordes del peso más grande, era de diferentes colores (2). El del sétimo era de un color muy brillante (3). El del octavo tomaba del sétimo su color y su brillo (4). El color de los círculos segundo y quinto era casi el mis-

- 
- (1) La vía láctea.
  - (2) Las diferentes estrellas del Zodiaco.
  - (3) El sol.
  - (4) La luna y la tierra.

mo, y tiraba más á amarillo (1). El tercero era el más blanco de todos (2). El cuarto era un poco encarnado (3). En fin, el segundo superaba en blancura al sexto (4). El huso entero rodaba sobre sí mismo con un movimiento uniforme, mientras que en el interior los siete pesos concéntricos se movían lentamente en una dirección contraria. El movimiento del octavo era el más rápido. Los del séptimo, el sexto, y del quinto era menores é iguales entre sí. El cuarto era el tercero en velocidad; el tercero era el cuarto; y el movimiento del segundo era el más lento de todos. El huso mismo giraba entre las rodillas de la Necesidad. En cada uno de estos círculos habia una sirena, que giraba con él, haciendo oír una sola nota de su voz siempre con el mismo tono; de suerte que de estas ocho notas diferentes resultaba un acorde perfecto (5). Alrededor del huso y á distancias iguales estaban sentadas en tronos las tres Parcas, hijas de la Necesidad: Laquesis, Cloto y Atropos, vestidas de blanco y ceñidas sus cabezas con cintillas. Acompañaban con su canto al de las sirenas; Laquesis cantaba lo pasado; Cloto lo presente; y Atropos lo venidero. Cloto, tocando por intervalos el huso con la mano derecha, le obligaba á hacer la revolución exterior. Atropos, con la mano izquierda, imprimía el

---

(1) Saturno y Mercurio.

(2) Júpiter.

(3) Marte.

(4) Venus.

(5) Los ocho pesos, encajados los unos en los otros, son los ocho cielos, el de las estrellas fijas y los de los siete planetas: los círculos formados por los bordes de cada peso son las órbitas que describen los astros. La sirena, situada sobre cada uno de estos círculos, es el astro mismo. Es sabido lo que Pitágoras ha dicho de la armonía de los cuerpos celestes. El resto del emblema es relativo á la velocidad respectiva de los planetas, á su magnitud ó su diámetro medido por la anchura de los bordes de cada peso, á su color representado por el de los círculos.

semejante á Iris, pero más brillante y más pura (1). A esta luz llegaron despues de otro dia de jornada. Allí vieron que las extremidades del cielo venian á parar al centro de esta luz, que les servia de lazo y que abrazaba toda la circunferencia del cielo, poco más ó ménos, como esas piezas de madera que ciñen los costados de las galeras y sostienen toda la armadura. De estas extremidades está pendiente el huso de la Necesidad, el cual daba impulso á todas las revoluciones celestes. El cuerpo del huso y el gancho eran de acero, y el peso era una mezcla de acero y otras materias.

»Este peso se parecia por la forma á los pesos de este mundo. Mas para tener de él una idea exacta, es preciso representarse un gran peso hueco por dentro, en el que esté engastado otro peso más pequeño, como los vasos que entran uno en otro. En el segundo peso habia un tercero, en éste un cuarto, y así sucesivamente hasta el número de ocho, dispuestos entre sí á manera de círculos concéntricos. Se veia por arriba el borde superior de cada uno, y todos presentaban al exterior la superficie continua de un solo peso alrededor del huso, cuyo tronco pasaba por el centro del octavo. Los bordes circulares del peso exterior eran los más anchos; despues los del sexto, los del cuarto, los del octavo, los del sétimo, los del quinto, los del tercero y los del segundo iban disminuyendo en anchura en este mismo orden. El círculo, formado por los bordes del peso más grande, era de diferentes colores (2). El del sétimo era de un color muy brillante (3). El del octavo tomaba del sétimo su color y su brillo (4). El color de los círculos segundo y quinto era casi el mis-

---

(1) La vía láctea.

(2) Las diferentes estrellas del Zodiaco.

(3) El sol.

(4) La luna y la tierra.

mo, y tiraba más á amarillo (1). El tercero era el más blanco de todos (2). El cuarto era un poco encarnado (3). En fin, el segundo superaba en blancura al sexto (4). El huso entero rodaba sobre sí mismo con un movimiento uniforme, mientras que en el interior los siete pesos concéntricos se movían lentamente en una dirección contraria. El movimiento del octavo era el más rápido. Los del séptimo, el sexto, y del quinto era menores é iguales entre sí. El cuarto era el tercero en velocidad; el tercero era el cuarto; y el movimiento del segundo era el más lento de todos. El huso mismo giraba entre las rodillas de la Necesidad. En cada uno de estos círculos habia una sirena, que giraba con él, haciendo oír una sola nota de su voz siempre con el mismo tono; de suerte que de estas ocho notas diferentes resultaba un acorde perfecto (5). Alrededor del huso y á distancias iguales estaban sentadas en tronos las tres Parcas, hijas de la Necesidad: Laquesis, Cloto y Atropos, vestidas de blanco y ceñidas sus cabezas con cintillas. Acompañaban con su canto al de las sirenas; Laquesis cantaba lo pasado; Cloto lo presente; y Atropos lo venidero. Cloto, tocando por intervalos el huso con la mano derecha, le obligaba á hacer la revolucion exterior. Atropos, con la mano izquierda, imprimía el

---

(1) Saturno y Mercurio.

(2) Júpiter.

(3) Marte.

(4) Venus.

(5) Los ocho pesos, encajados los unos en los otros, son los ocho cielos, el de las estrellas fijas y los de los siete planetas: los círculos formados por los bordes de cada peso son las órbitas que describen los astros. La sirena, situada sobre cada uno de estos círculos, es el astro mismo. Es sabido lo que Pitágoras ha dicho de la armonía de los cuerpos celestes. El resto del emblema es relativo á la velocidad respectiva de los planetas, á su magnitud ó su diámetro medido por la anchura de los bordes de cada peso, á su color representado por el de los círculos.

movimiento á cada uno de sus pesos interiores; y Laquesis con una y otra mano tocaba tan pronto el uso como los pesos interiores. Luego que las almas llegaron, las fué preciso presentarse delante de Laquesis. Por lo pronto un hierofanta señaló á cada una su puesto; en seguida, habiendo tomado del regazo de Laquesis la distinta suerte y las diferentes condiciones humanas, subió á un tablado elevado, y habló de esta manera. «Hé aquí lo que dice la vírgen Laquesis, hija de la Necesidad: «Almas pasajeras, vais á comenzar una nueva carrera, y á entrar en un cuerpo mortal. Un genio no os escogerá; sino que cada una de vosotras escogerá el suyo. La primera que la suerte designe escogerá la primera, y su eleccion será irrevocable. La virtud no tiene dueño; se une á quien la honra y huye del que la desprecia. Cada cual es responsable de su eleccion, porque Dios es inocente.»

» Dichas estas palabras, el hierofanta echó suertes, y cada alma recogió la que cayó delante de ella, excepto yo, pues no se me permitió hacerlo. Entónces conoció cada cual en qué orden debia escoger. En seguida el mismo hierofanta arrojó en tierra delante de ellas géneros de vida de todas clases, cuyo número era mucho mayor que el de las almas que debian escoger, porque todas las condiciones tanto de los hombres como de los animales se encontraban allí revueltas. Habia tiranías, unas que debian durar hasta la muerte, otras que habrian de verse bruscamente interrumpidas y concluir en la pobreza, el destierro y la mendicidad. Se veian igualmente condiciones de hombres célebres, estos por la belleza, por la fuerza, por su reputacion en los combates; aquellos por su nobleza y las grandes cualidades de sus antepasados; se veian tambien condiciones oscuras bajo todos estos conceptos. Habia asimismo destinos de mujeres igualmente varios. Pero nada habia dispuesto sobre el rango de las almas, porque cada una debia necesariamente mu-

dar de naturaleza segun su eleccion. Por lo demás las riquezas, la pobreza, la salud, las enfermedades se encontraban en todas las condiciones; aquí sin ninguna mezcla, allá justamente compensados los bienes y los males.»

Aquí tienes evidentemente, mi querido Glaucon, la prueba terrible para la humanidad. Y así cada uno de nosotros, despreciando todos los demás estudios, debe dedicarse sólo á aquel que le haga conocer al hombre, cuyas lecciones puedan ponerle en estado de discernir las condiciones dichosas y desgraciadas y escoger siempre la mejor; y llegará á conseguirlo siempre que repase en su espíritu todo lo que hemos dicho hasta ahora y juzgue de lo que puede contribuir más á la felicidad de la vida por el examen que hemos hecho de las diferentes condiciones consideradas junta ó separadamente. Así es como aprenderá, por ejemplo, qué grado de belleza, mezclado con una cierta dosis de riqueza ó de pobreza y una cierta disposición del alma, hace al hombre malo ó virtuoso; qué efecto deben producir el nacimiento ilustre y el nacimiento oscuro, la vida privada y las dignidades, la fuerza del cuerpo y la debilidad, la mayor ó menor aptitud para las ciencias; en una palabra, las diferentes cualidades naturales ó adquiridas, cotejadas las unas con las otras, de suerte que, después de haber reflexionado sobre todo esto, sin perder de vista la naturaleza del alma, podrá distinguir el género de vida que le es ventajoso del que le sería funesto; llamará funesto al que le conduzca á hacer su alma más injusta, y ventajoso al que la haga más virtuosa, sin tener en cuenta todo lo demás; porque ya hemos visto que este es el mejor partido que puede tomarse, sea en esta vida, sea para la otra. Es preciso conservar hasta la muerte el alma firme é inalterable en este sentimiento, para que no se deje alucinar en este mundo ni por las riquezas, ni por los demás males de esta naturaleza; que no

se exponga, arrojándose con avidez sobre la condicion de tirano ú otra semejante, á cometer un gran número de males sin remedio, y sufrirlos aún mayores; ántes bien debe saber fijarse para siempre en un estado intermedio, evitando igualmente los dos extremos, en cuanto de ella dependa, así en la vida presente como en todas las demás por las que habrá de pasar. En esto consiste la felicidad del hombre. Además, segun la relacion del Armenio, el hierofanta habia añadido: «el que escoja el último, con » tal que lo haga con discernimiento y que despues sea » consecuente en su conducta, puede prometerse una vida » dichosa y exenta de males. Así, pues, que ni el primero » que haya de escoger se entregue á una excesiva con- » fianza, ni el último desespere.»

Despues que el hierofanta hubo hablado de esta manera, el primero á quien tocó la suerte se adelantó apresuradamente, y sin más exámen cogió la tiranía de más cuenta, que encontró allí, arrastrado por su avidez y su imprudencia; pero cuando hubo considerado y visto que su destino era el devorar sus propios hijos y el cometer otros crímenes enormes, se lamentó, y, olvidando las advertencias del hierofanta, acusó de su suerte á la fortuna, á los dioses, en fin, á todo menos á sí mismo. Esta alma era una de las que venian del cielo; habia vivido ántes en un Estado bien gobernado, y habia debido su virtud á la bondad de su índole y á la fuerza del hábito más bien que á la filosofia. Hé aquí porque las almas procedentes del cielo no eran las ménos entre las que se engañaban en su eleccion por no tener experiencia de los males de la vida. Por el contrario, la mayor parte de las que habian permanecido en la region subterránea, y que á la experiencia de sus propios sufrimientos unian el conocimiento de los males de otros, no escogian tan á la ligera. Esta experiencia, de una parte, y esta inexperiencia, de otra, independientemente del azar que decidia del lugar en que

debía ser llamada para escoger, hacia que la mayor parte de las almas cambiasen una buena condicion por una mala, y una mala por una buena. Así un hombre, que cada vez que volviese á este mundo, se aplicase constantemente á la sana filosofia, con tal que su turno de eleccion no fuese el último de todos, seria muy probablemente, conforme á esta historia, no sólo feliz en la tierra, sino tambien en su viaje á este mundo, y al volver marcharia por el camino llano del cielo y no por el sendero subterráneo y penoso.

Er decia tambien, que era un espectáculo curioso ver de qué manera cada alma hacia su eleccion; nada más extraño ni más digno á la vez de compasion y de risa. Las más se guiaban en la eleccion por los hábitos de la vida precedente. Vió al alma de Orfeo escoger la condicion de cisne en odio á las mujeres, que le habian dado muerte en otro tiempo, no queriendo merecer su nacimiento á ninguna de ellas; y al alma de Tamiris escoger la condicion de rruiseñor. Vió tambien á un cisne adoptar la condicion humana, y lo mismo hicieron otros pájaros músicos. Otra alma escogió la condicion de leon, que fué la de Ajax, hijo de Telamon, el cual recordando la afrenta que sufrió en el juicio que tuvo lugar con motivo de las armas de Aquiles, rehusó tomar un cuerpo humano. Despues llegó el alma de Agamennon, que teniendo tambien aversion al género humano á causa de sus pasadas desgracias, escogió la condicion de águila. El alma de Atalanto, como se fijara en los grandes honores que reciben los atletas, no pudo resistir al deseo de hacerse ella tambien atleta. El alma de Epeo (1), hijo de Panopea, prefirió la condicion de una mujer hábil en trabajos manuales; el alma del bufon Tersites, que se presentó de los últimos,

(1) Epeo es el que construyó el caballo de madera de que se sirvieron los griegos para tomar á Troya. *Doti fabricator Epeus.* (*Eneida*, II, v. 264.)

vistió el cuerpo de un mono. El alma de Ulises, que fué el último llamado por la suerte, vino tambien á escoger, pero recordando sus infortunios pasados y ya sin ambicion, anduvo buscando por mucho rato, hasta que al fin descubrió en un rincon, como despreciada, la condicion pacífica de un simple particular, que todas las demás almas habian dejado; y exclamó al verla, que áun cuando hubiera sido la primera á escoger, no habria hecho nunca otra eleccion. Habia, añadió el Armenio, almas de animales que mudaban su condicion por la nuestra; y almas humanas que pasaban á cuerpos de animales; las de los malos á las especies feroces, las de los buenos á especies domesticadas; lo cual daba lugar á mezclas de toda clase.

Despues que todas las almas escogieron su género de vida en el lugar marcado por la suerte, se aproximaron en el mismo orden á Laquesis, la cual dió á cada una el genio que ella habia preferido, para que le sirviese de guarda durante el curso de su vida mortal y le ayudase á cumplir su destino. Este genio la conducia primero á Cloto, para que con su mano y una vuelta de huso confirmase el destino escogido. Despues que el alma habia tocado el huso, el genio la llevaba desde aquí á Atropos, que enrollaba el hilo para hacer irrevocable lo que habia sido hilado por Cloto. En seguida, no siendo ya posible volver atrás, se dirigian al trono de la Necesidad, por bajo del cual el alma y su genio ó demonio pasaban juntos. En el momento que todas hubieron pasado, se trasladaron á la llanura del Leteo (1), donde experimentaron un calor insoportable, porque en este llano no habia plantas ni árboles. Llegada la tarde, pasaron en seguida la noche al pié del rio Ameles (2), cuya agua no puede ser contenida por ninguna vasija.

---

(1) Olvido.

(2) Ausencia de cuidados.

Es preciso que cada alma beba de esta agua hasta cierta cantidad. Las que por imprudentes no se contienen y beben más allá de la medida prescrita, pierden absolutamente la memoria. En seguida se entregaron todas al sueño, pero á media noche se oyó un trueno acompañado de temblores de tierra, y las almas, despertando llenas de sobresalto, fueron dispersadas acá y allá, como estrellas errantes, marchando á los distintos puntos en que debian renacer. En cuanto á Er, segun decia, se le impidió beber el agua del rio; pero sin embargo, sin saber por dónde ni cómo, su alma se habia unido á su cuerpo; y al abrir sus ojos de repente en la madrugada, vió que estaba tendido sobre la pira.

Esta fábula, mi querido Glaucon, se ha preservado del olvido, y si le damos crédito, puede preservarnos á nosotros mismos, porque pasaremos con felicidad el rio Leteo, y mantendremos nuestra alma libre de toda mancha. Por lo tanto, si quieres creerme, convencidos de que nuestra alma es inmortal y capaz por su naturaleza de todos los bienes como de todos los males, marcharemos siempre por el camino que conduce á lo alto, y nos consagraremos con todas nuestras fuerzas á la práctica de la justicia y de la sabiduría. Por este medio viviremos en paz con nosotros mismos y con los dioses, y despues de haber alcanzado en la tierra el premio destinado á la virtud, á semejanza de los atletas victoriosos que son llevados en triunfo, seremos dichosos en este mundo y durante ese viaje de mil años, cuya historia acabamos de referir.

FIN DE LA REPÚBLICA.



# ÍNDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

---

	<u>PÁGINAS.</u>
Libro sexto de la República.....	7
Libro sétimo.....	51
Libro octavo.....	93
Libro noveno.....	135
Libro décimo.....	171

## ERRATA.

---

En la página 136, línea 6, dice «horhor» debe decir *horror*

OBRAS COMPLETAS DE PLATÓN.

---

VAN PUBLICADOS:

DIÁLOGOS SOCRÁTICOS.—Tomo I: Eutifron.—Apología de Sócrates.—Criton.—Primer Alcibiades.—Carmides.—Laques.

DIÁLOGOS SOCRÁTICOS.—Tomo II: Protágoras.—Primer Hippias.—Menexenes.—Ion.—Lisis.—Fedro.

DIÁLOGOS POLÉMICOS.—Tomo III: Filebo.—Teetetes.—Eutidemo

DIÁLOGOS POLÉMICOS.—Tomo IV: El Sofista.—Parménides.—Menon.—Cratilo.

DIÁLOGOS DOGMÁTICOS.—Tomo V: Fedon.—Gorgias.—El Banquete.

DIÁLOGOS DOGMÁTICOS.—Tomo VI: El Político.—Timeo.—Critias.

LA REPÚBLICA.—Tomo VII: Libros I.—II.—III.—IV.—V.

Medina y Navarro, editores, Arenal 16, Madrid.

---

EXPOSICION HISTÓRICO-CRÍTICA

DE LOS

SISTEMAS FILOSOFICOS MODERNOS

Y

VERDADEROS PRINCIPIOS DE LA CIENCIA

POR

DON PATRICIO DE AZCÁRATE.

---

CUATRO VOLUMENES EN 4.º

Precio: En Madrid, 80 rs.; en provincias, 86.

Los suscritores á la BIBLIOTECA FILOSÓFICA obtendrán la obra por 70 reales en Madrid y 76 en provincias.